

La Princesa Dormida

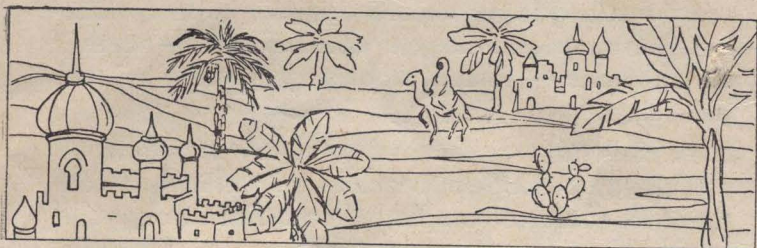


J. BALLESTA — Editor

ALSINA 2006
Buenos Aires



00163238



LA PRINCESA DORMIDA

En un lejano reino oriental, vivían un rey y una reina, muy poderosos y muy queridos de sus súbditos. Ambos se amaban tiernamente; pero sufrían mucho por no tener un hijo. Cuando menos lo esperaban, les nació una niña, preciosa y hermosísima.

Los reyes se pusieron locos de contentos y ordenaron que se celebrara el bautizo de la princesita, con todo boato.

Invitaron a todas las hadas del reino, para que cada una concediera a la princesita — según se acostumbra — un don, que aumentara su gracia y virtudes.

El festín que se celebró después de la ceremonia fué suntuosísimo y a él asistieron — además de las hadas — toda la nobleza y grandes señores del reino.

A cada una de las hadas, el rey le regaló un estuche de terciopelo, bordado en perlas, que contenía un cubierto completo de oro finísimo y guarnecido de piedras preciosas.

En el momento de sentarse a la mesa, penetró en el salón un hada muy vieja, y famosa por su mal carácter, que vivía en una lejana torre de la ciudad. A esta hada se les había olvidado por completo el invitarla al bautizo. Y es por esto, que ella venía hecha una verdadera furia.

—Con qué no habéis querido invitarme al bautizo de la princesita ¿eh?... Pero no contábais con que yo lo sé todo y aquí vengo. No quiero que a la hora de recibir los regalos, la niña se quede sin el mío, — dijo a los consternados reyes.

Estos procuraron darle toda clase de satisfacciones para que se calmara. La sentaron en el sitio de honor y la obsequiaron con los más delicados manjares. Pero cuando ella vió que las otras hadas habían recibido del rey el regalo del cubierto de oro, se puso otra vez enfadadísima. Y al rey le fué imposible complacerla, regalándole uno igual, pues había mandado hacer solo los cubiertos justos, para las hadas que había invitado. Así es, que la vieja estaba cada vez más rabiosa.

Una de las hadas se dió cuenta — por su actitud — de que estaba dispuesta a hacer algún daño a la princesita. Así es, que se ocultó tras un tapiz, para que a la hora de concederle los dones a la niña fueran todas delante de ella, incluso la vieja, y así, siendo ella la última, ver de arreglar el maleficio que, sin duda, le daría aquélla a la hija de los reyes.

Y, efectivamente, después del banquete, trajeron a la princesita en brazos de su ama, para que todos la vieran y para que las hadas le concedieran sus regalos.

La primera hada dijo:

—Yo te concedo que seas cada día más bella.

La segunda, otorgó:

—Yo, que seas cada día más buena.

Y la tercera:

—Yo, que seas cada día más inteligente.

La cuarta:

—Mi don es, que seas la más simpática criatura del mundo.

—Y la quinta, dijo:

—Yo te predigo que te casarás con un hermoso príncipe y serás reina.

Y la sexta:

—Yo te otorgo, que cantes como un ruiseñor.

Y la séptima:

—Pues yo que bailes maravillosamente.

Y la octava:

—Yo te concedo que seas muy querida por tus súbditos.

En este momento le tocó el turno a la vieja, que a propósito se había quedado la última, para que ningún hada pudiese desvirtuar lo que ella dijese. Miró a la niña, y exclamó:

—¡Todo eso no te servirá de nada, pues yo te predigo que al llegar a los quince años te pincharás con un huso, y morirás.

Ante tales palabras, todos los presentes quedaron consternados, y la reina prorrumpió en amargo llanto.

Entonces se descorrió el tapiz, y salió el hada que se había ocultado. Esta dijo:

—Tranquilizáos, señora, porque vuestra hija no morirá. Yo tengo que hacer mi regalo a la princesa y, si bien no puedo anular del todo lo que ha decretado mi hermana mayor, puedo modificarlo. Así es, que al cumplir los quince años, la princesita, efectivamente, se pinchará con un huso, pero en vez de morir, quedará dormida. Dormirá por espacio de cien años, al cabo de los cuales llegará ese príncipe encantador, que ha previsto otra de mis hermanas, el cual la despertará de su sueño y se casará con ella.

—Sí — dijo la reina — pero mi pobre hija, al cabo de cien años, cuando despierte, como nosotros y todos los cortesanos de esta época habremos muerto, se encontrará muy triste y muy sola.



LE FUE IMPOSIBLE COMPLACERLA

—No, Graciosa Majestad — respondió el hada —, porque el encanto abarcará a todo el palacio con sus moradores, y hasta el bosque que lo circunda. Así es, que cuando se duerma la princesita, os dormiréis todos los demás, y cuando ella despierte, vosotros haréis lo propio.

El rey, para evitar tantas calamidades, ordenó que todos los usos y ruecas fueran quemados y condenó a severas penas a las mujeres que se sirvieran de ellos para hilar. La orden fué cumplida y en la corte renació la tranquilidad.

Entretanto, la princesa, crecía, y todas las predicciones de las hadas se iban realizando, pues era cada día más bella, más inteligente, más buena, más simpática y más querida por todos. Sus padres la adoraban y sólo vivían para ella.

Al fin, llegó el plazo marcado. La princesita cumplió quince años. A los dos días, vió, al fondo de un corredor de palacio, una angosta escalera de caracol, por la que nunca había subido. Llevada por la curiosidad de ver adonde conducía, subió por ella. Al llegar al final vió una puertecilla entornada. Penetró por ella y se encontró en una pequeña pieza, amueblada modestamente, en donde una viejecita, hilaba en un huso.

La princesa, dijo a la anciana:

—¡Buenas tardes, buena mujer!

—¡Muy buenas las tengáis, Alteza! — respondió ella.

—¿Qué es eso que tenéis en las manos y qué es lo que hacéis con ello? — preguntó la niña, que en toda su vida no había visto un huso.

—Esto es un huso, hermosa princesa, — dijo la vieja, — y lo que hago con él, es hilar la lana.

—¡Ay! ¡Me gustaría hilar un poco, a ver si sé! — exclamó la princesa.

—Tomad, hija mía, e hilad cuánto gustéis.

No bien hubo comenzado a hilar la princesita, cuando se pinchó en un dedo, quedando al instante profundamente dormida.

Entonces la viejecita — que no era otra que el hada que se enfadó tanto el día de su bautizo — la tomó en sus brazos, la llevó a su alcoba, la acostó sobre su lecho, y desapareció.

Al mismo tiempo que la princesita, quedó todo el palacio sumido en un profundo sueño. La reina, que estaba sentada peinándose, quedó dormida con el peine en la mano. El rey, se durmió escribiendo una carta en su despacho. Las damas y caballeros, durmiéndose, unos sentados y otros de pie, diseminados por los salones. El cocinero, que estaba en ese momento pelando un pollo, quedóse dormido con las plumas en la mano. El centinela que hacía guardia a la puerta del palacio, se durmió con el fusil al hombro, y así, todos los habitantes del palacio.

El bosque que rodeaba al mismo, se cubrió, por arte de encantamiento, de maleza y rama-
jes, que imposibilitaban a todos el acceso a la
encantada morada.

.....
Pasaron los años, uno tras otro, hasta cien.
El tiempo en que había de terminar el encanta-
miento, llegaba.

.....
En un país vecino reinaban un rey y una reina,
que tenían un hijo, príncipe valiente, inteligente
y bondadoso. Su varonil figura y sus bellas fac-
ciones, le daban un aspecto encantador.

Un día, el príncipe salió solo, a pasear por el
bosque. Andando, andando, se extravió. Y por
más vueltas que daba, más se metía en la espe-
sura y menos encontraba la salida. Estaba fati-
gadísimo, cuando le sorprendió la noche, y hubo
de dormir entre las ramas de un copudo árbol.
Al amanecer el día siguiente, comenzó a andar
de nuevo. De repente, entre lo más intrincado
de la maleza, divisó un castillo. Y por su aspecto,
comprendió que estaba deshabitado. Preguntó a
unos leñadores que había por allí. Y cada uno
le dió una explicación diferente, pero todos con-
venían en que era cosa de encantamiento y que
nadie podía llegar al castillo, por impedirlo la en-
marañada maleza y los fuertes espinos que lo
circundaban.

Esta historia picó la curiosidad del príncipe —
que como os he dicho era muy valeroso — y



LA TOMO EN SUS BRAZOS

se encaminó al castillo, resuelto a abrirse camino con su espada. Pero, cual no sería su asombro, al ver que las malezas y espinos, comenzaban — como por arte de magia — a apartarse a su paso, dejándole el camino expedito. Avanzó el valeroso príncipe hasta la puerta del castillo, donde vió que el centinela, hacía la guardia dormido. Penetró en el interior del palacio y fué encontrando por todas partes gentes sumidas en el más profundo sueño, y cuyos trajes, por lo anticuados, demostraban que llevaban durmiendo muchos años. Al fin, después de atravesar varios salones, llegó el príncipe a una linda cámara, en cuyo lecho dormía la más bella mujer que imaginarse puede. Ante tanta belleza, el príncipe quedó extasiado, cayó de rodillas ante la bella durmiente, y tomando una de sus manos, la besó respetuosamente.

En aquel momento, la bella princesa abrió los ojos, y sonriendo dulcemente, dijo:

—Príncipe mío, gracias por haberme salvado. Hace cien años que os aguardaba.

Al mismo tiempo que la princesa, se despertó todo el mundo en palacio. Los reyes corrieron a la cámara de su hija, y la encontraron conversando con un gallardo mancebo.

—Padres míos — díjoles la princesita, después de abrazarles — este es mi salvador, y el de todos nosotros. El ha sido el que ha deshecho el encanto que pesaba sobre mí.

—Príncipe, gracias — dijo el rey. — Pídeme lo que quieras, que, sea lo que sea, te lo concederé de buen grado.

—Solo deseo la mano de la princesa, para desposarme con ella.

Naturalmente, el rey accedió gustoso, y la boda se celebró con todo esplendor.

Sin embargo el príncipe no quiso decir nada a sus padres de que se había casado. Y no por miedo a su padre, que era muy bueno, sino a su madre. Esta descendía de familia de ogros, y se murmuraba que sentía las inclinaciones de su casta. Y si bien de jovencita, se contenía los malos impulsos, conforme pasaban los años su instinto se hacía mayor cada vez y ya se había comido a varios niños y a una doncella.

El rey la tenía vigiladísima; pero a pesar de todo, de cuando en cuando, hacía alguna de las suyas.

El príncipe, al regresar a su hogar, puso por pretexto de su tardanza, el que había ido de cacería y se había extraviado. El padre le creyó fácilmente. No así la madre, que se quedó pensativa y recelosa. Sus sospechas aumentaron al ver que el príncipe todos los días salía de caza, y muchas noches no regresaba a Palacio.

Pasó el tiempo. El príncipe y su esposa, tuvieron dos hijos: una niña bellísima a la que llamaron Aurora y un niño, aún más lindo que su hermana, a quien pusieron por nombre Día.

Aunque su madre le preguntaba continuamente, el príncipe seguía, sin decirles nada, pues temía por la vida de sus hijos.

Murieron la madre de la princesa y el padre del príncipe. Así es, que éste fué ascendido al trono. Entonces, al verse ya rey, comunicó a todos su casamiento, y trajo a su esposa y a sus hijitos a Palacio. Desgraciadamente, el rey tuvo que salir enseguida, al frente de sus tropas, para combatir contra un rey que le había declarado la guerra. Encargó de la regencia a su madre y ésta vió llegada la ocasión de satisfacer su horrible apetito. Envioó a la princesa y a sus nietos, a una casa de campo, muy solitaria, adonde se trasladó ella en seguida.

Una noche dió orden al cocinero de que al día siguiente tomara a Aurorita, la matara y se la sirviera de almuerzo.

El cocinero sabía que si se negaba, lo mandaría matar a él también; pero como quería mucho a la niña, pensó lo que haría para librarla de tan terrible suerte. Entonces corrió al establo, tomó un corderito, y degollándolo lo guisó al día siguiente de la manera más exquisita, y se lo presentó. Ella creyó que se comía a su nieta y quedó tan contenta.

El cocinero, había llevado a la niña a casa de su mujer, que vivía en el jardín de la finca, para que no la viera la reina. La pobre madre, al notar la desaparición de su hija, lloró muchísimo. La suegra le dijo que se la habrían comido los lobos.

A los pocos días, la ogresa, volvió a buscar al cocinero para decirle que le guisase a Día.

El cocinero recurrió a la misma estratagema, y el principito fué a hacer compañía a su hermana, en la casita del buen hombre.

Todo iba bien — aparte del inmenso dolor de la joven reina, ante la desaparición de su hijito—, pero una noche, la reina madre, le dijo al cocinero.

—Mañana quiero comerme a mi nuera, en salsa.

Esta vez desconfió de poder engañarla, porque ¿dónde iba a encontrar un animal con que sustituirla? Para salvarse, aunque con mucha pena, decidió sacrificar a la reina. Fué a verla y le comunicó la terrible orden que había recibido.

La reina le respondió que casi se alegraba de morir, pues así iría a reunirse con sus hijitos. Pero el cocinero, conmovido por su bondad y su belleza, le dijo la verdad. Y le prometió, que lo mismo que a los niños, la salvaría a ella. Efectivamente, la escondió en su casa, y tomando a una cierva, muy hermosa, la mató y guisó con una salsa deliciosa.

Una tarde, la reina iba paseando por el parque, cuando advirtió el llanto de un niño.

Escuchó a la puerta de la casita del cocinero y descubrió que era el principito Día que lloraba, mientras su mamá le regañaba. Y oyó también la voz de Aurorita, que intercedía por su hermanito.



SE TIRO DENTRO DEL TONEL

La malvada mujer, se puso furiosa, al ver que había sido engañada y que se habían burlado de ella.

Entonces se fué a sus habitaciones, donde empezó a maquinarse una espantosa venganza.

Llamó a uno de sus más fieles servidores, hombre de duro corazón, y le mandó que preparase, en el patio de la finca, un enorme tonel, y que dentro de él metiese todos los reptiles más venenosos y más espantosos, que pudiese encontrar.

Estaba decidida a echar dentro del tonel a su nuera, a sus nietecitos, al cocinero y a su mujer.

Cuando tuvo todo preparado, fué a la casa del cocinero, acompañada de sus criados y soldados. Les ordenó derribar la puerta. Y allí muertos de miedo, halló a los habitantes de la casita. Los hizo conducir al patio, atados con fuertes cadenas, y les explicó la suerte que les esperaba. Todos lloraron y suplicaron, pero fué en vano. La horrible mujer no se conmovía por nada ni por nadie. Pero en el momento en que se iba a cumplir la fatal sentencia, se oyó un redoble de tambores y alegre sonar de trompetas, que anunciaban que el rey (al que no esperaban tan pronto) regresaba victorioso al palacio.

La ogresa, loca de furor por no poder ultimar su venganza, se tiró de cabeza al tonel, donde los reptiles, la mataron en breves instantes.

El rey, que había vencido a sus enemigos, llegaba lleno de alegría, y abrazó a su esposa e hijos, sumamente emocionado.

Cuando por ellos supo todos los tristes acontecimientos que habían sucedido durante su ausencia, se llevó un gran disgusto, lo mismo que al conocer el terrible fin de la reina — al fin era su madre — el cual le hizo una profunda impresión.

Sin embargo, al poco tiempo, fué consolándose de estos dolores, gracias al cariño de su esposa, de sus hijos y de sus súbditos.

Todos fueron muy felices y vivieron largos años, de dichas y prosperidades.

* FIN *

* * *

SC
u's
C-LAN
06

La Alegría de los Niños

SERIE PRIMERA

Amor de madre

La Pulgarcilla

El Avaro D. Rodrigo

Bajo el Sauce

El Cardo Vanidoso

Aventuras de 4 ratitas

El mejor destino

El trompo enamorado

Desventuras de un cisne

El escarabajo presumido

Barba Azul

La Cenicienta

El gato con botas

Caperucita Roja

La Reina de las
Morcillas

La princesa dormida

Piel de Asno

Las tres princesas

Grisélida

Pulgarcito

CADA TOMITO 10 centavos.